



FOTO JOSÉ GREGORIO RAMÍREZ - ESCUELA DE ARTE Y DISEÑO GRÁFICO, FAUULA

SITIAR LA ECONOMÍA

Jorge Dávila*

La lectura del texto de Fernando Mires, “¿Globalización o apocalipsis?”, ha alimentado esta reflexión sobre la necesidad de entender el sitio de la economía. La comparto con los lectores de INVESTIGACIÓN.

En estos tiempos es demasiado común la idea de que todo cuanto nos pueda pasar, como humanidad, estará decidido por el rumbo de la economía, por el rumbo que tomen la producción y la distribución de los bienes de consumo. Esta idea común se resume así: *lo que el ser humano busca con mayor ansia es satisfacer su interés individual con el consumo*. Esta idea común, tan hendida en nuestra manera de pensar, conforma la creencia que mueve esa forma económica llamada “globalización”.

La globalización actual es la mundialización de la economía. Eso quiere decir que el mundo entero, el mundo que el hombre aspira dominar cada día con mayor fuerza, está siendo dominado por la economía.

Solemos decir que el ser humano ha aspirado a dominar el mundo. Las sociedades llamadas tradicionales tenían un cierto dominio de su mundo; pero al mismo tiempo respetaban y veneraban un trans-mundo que convive con los humanos mortales en su relación entre ellos mismos y con la naturaleza. Desde hace apenas unos doscientos años el ser humano es otro. Ya no es el mortal que mantiene una

relación de respeto y veneración por los demás mortales y por el resto de lo natural. El hombre de estos últimos siglos se ha convertido en el hombre económico. El hombre llegó a ser el epicentro de dos fuerzas que lo definen como sujeto y objeto de la economía; esas fuerzas son el interés individual y el consumo. Desde él, como epicentro, se genera una especie de movimiento sísmico que sacude todo lo existente y lo porvenir. Así, el hombre se sabe a sí mismo sujeto, actor fundamental, de la transformación del mundo en objeto de su interés. El mundo se convierte, todo, en objeto de interés y de consumo. Y en el mundo, también el hombre mismo se transformó en objeto de interés y de consumo. Para transformar al mundo en su objeto de interés y consumo el hombre tuvo que ver al otro hombre como objeto, como instrumento a su servicio para su interés y su consumo. Así, al estar dominado el mundo por la economía, son los seres humanos finalmente quienes resultan ser dominados por la economía.

La globalización ha tenido varios rostros. El más primitivo no fue económico; fue el de la colonización brutal y salvaje hecha por el hombre europeo; fue el del avasallamiento cultural cuando la cultura que se llamó a sí misma más avanzada, tuvo en sus manos la totalidad del globo terráqueo. El último rostro que le conocemos a la globalización es el del neoliberalismo. Este motete ha servido para designar el resurgimiento del liberalismo en su forma más extrema: la idea de un capitalismo que no tenga ningún tipo de freno (ni económi-

co, ni moral, ni político). Esta globalización neoliberal es ya una cultura negativa; bien lo expresó el Superior General de la Compañía de Jesús: “*si una cultura condena al 80% de la humanidad a la condición subalterna de lo que ella controla y usufructúa, esa cultura renuncia a la transcendencia que la hace salir de sí y hacerse humana. El afán de ganancia y la sed de poder serán el fundamento de esta cultura individualista y cerrada*”¹.

Se suele creer que la globalización también tiene un rostro positivo. Se dice que nos comunicamos muy fácilmente con cualquier parte del mundo al instante. En realidad, lo hace apenas un minúsculo porcentaje de la población mundial. Se cree que vivimos una época en que se cruzan y mezclan con facilidad muchas culturas; pero sabemos cómo viven las minorías étnicas en los países más industrializados, excluidas de la condición que esencialmente da *status* social al individuo de esas sociedades: el empleo. La globalización tiene esos rostros que se asoman positivamente.

Parece, además, que la globalización es un proceso irreversible. Sin embargo, la globalización con su actual rostro neoliberal es insostenible. Esto, porque conduce al desarrollo de injusticias sociales a nivel planetario y nacional, al desarrollo de la explotación brutal e irracional de los bienes naturales del planeta, al desarrollo de una degradación brutal de la dignidad humana, al desarrollo de la indiferencia o el desprecio ante el dolor del que sufre y del que tiene hambre, al desarrollo de las guerras como único mecanismo de coexistencia.

¿Podemos y debemos imaginar una globalización sostenible? Sí. Porque la globalización neoliberal tendrá que fracasar. Fracasará porque ya sabemos sacar las cuentas sencillas de hacia dónde nos lleva a todos como humanidad: rápidamente crece el débito para la inmensa mayoría y, con la misma velocidad, crece el haber para una pequeñísima minoría. Los primeros ven resta y división, los segundos ven suma y multiplicación. Sencilla contabilidad, muchos saben sacar las cuentas. Los muchos que saben sacar estas cuentas sencillas, los pobres y humillados del planeta, no soportarán más; se van a rebelar de algún modo. Podemos y debemos imaginar otra globalización porque no vemos en el camino de la globalización neoliberal otra cosa que destrucción e inhumanidad; sólo se ve una vida que no vale la pena vivir, una vida en la que predomina el mal, el odio, la venganza, el dolor, la opresión.

Pero, ¿cómo pasar a otra globalización donde las cuentas se refieran a lo que verdadera-

mente tiene valor para la humanidad? No será un paso fácil. Variadas opciones podemos entrever. A través de grandes guerras sería muy doloroso, sería irracional; crecería la odiosa y absolutamente repudiable industria armamentista. Sería suicida. Podría tomar el camino de una conflagración mundial en la que desaparezcamos demasiado temprano como especie. El paso a otra globalización no va a ser absolutamente regulado, cristalino, limpio de dolor. Las fuerzas que se oponen a la transformación tienen demasiados intereses particulares que se cuidan y defienden hasta con los dientes. Habrá muchas luchas que adquirirán muchas modalidades. ¿Cuáles habrían de ser las armas preferidas en esas luchas? Las ideas, el ejercicio del intelecto, el ejercicio de la razón. ¿Cuáles ideas debieran ocupar la vanguardia de la transformación? En el frente de batalla ha de estar el desplazamiento radical de las ideas de la economía. Tal desplazamiento radical quiere decir: la anulación de la creencia en que las ideas económicas son las ideas que deben regir al comportamiento humano; quiere decir, por eso mismo, la subversión de las ideas de la economía.

Vendrá el cambio en la medida en que nos sacudamos la creencia de que somos interés individual y consumo. Vendrá el cambio en la medida en que seamos capaces de creer que lo económico ha de estar rigurosamente subordinado, sometido a lo político y a lo social. Vendrá el cambio cuando seamos capaces de renunciar en nuestro pensamiento al economicismo. Vendrá el cambio en la medida en que dejemos de inventar pobres categorías economicistas para describir todo cuanto nos pasa. Vendrá el cambio en la medida en que seamos capaces de entender que lo característico de los miserables del mundo no es la falta de interés, la incapacidad para el trabajo productivo, la ausencia de consumo, sino, más bien, que hay en ellos un modo de vida, una esperanza que se teje entre el dolor y la pobreza, donde se nos muestra desgarradamente un modo profundo de dignidad humana. Vendrá el cambio hacia otra globalización cuando coloquemos a la economía en su sitio. Hay que sitiarla doblemente: en el campo de guerra del intelecto, en el campo de nuestra vida cotidiana.

¹ Peter-Hans Kolvenbach, S. J., «La opción por los pobres ante el reto de la superación de la pobreza»; SIC, N° 602, Marzo 1998, p. 93

* Profesor, investigador, Grupo de Sistemología Interpretativa / Facultad de Ingeniería
E- Mail: joda@ing.ula.ve